

mento, no solamente son para descubrirnos su excelencia, y el amor y caridad inmensa que nos tuvo el Señor, sino tambien para que pongamos los ojos y el corazon en ellos, para sacar ese fruto de la sagrada Comunion; y asi iremos diciendo algunos de ellos para este fin. Este divino Sacramento, asi como todos los otros, tiene un efecto comun con todos los demas Sacramentos, que es dar gracia al que dignamente le recibe; y tiene otro efecto propio, con que se diferencia de los demas Sacramentos, el cual llaman los teólogos *refeccion espiritual*, que es ser mantenimiento del alma, con el cual ella se rehace, restaura y toma fuerzas para resistir á sus apetitos y abrazarse con la virtud; y asi, sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Señor: "Mi Carne es verdadero manjar, y mi Sangre verdadera bebida (1)," dicen comunmente los Santos, y dícelo tambien el Concilio Florentino, que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las almas. Y por esto dicen que quiso Cristo nuestro Señor instituir este Santísimo Sacramento en especie de mantenimiento, para que en la misma especie en que le instituíamos declarase los efectos que obraba y la necesidad que nuestras almas tenían de él. Pues conforme á esto, asi como el mantenimiento corporal sustenta la vida del cuerpo, y renueva las fuerzas, y en cierta edad hace crecer, asi tambien este Santísimo Sacramento sustenta la vida espiritual, rehace las fuerzas del alma, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer hasta su debida perfeccion. Este es el pan que conforta y esfuerza el corazon del hom-

(1) Joann. VI, 56.

bre (1), y con el cual esforzados, como Elias, habemos de caminar hasta llegar al monte de Dios, Horeb (2).

Mas: tiene otra propiedad el manjar corporal, que es dar gusto y sabor al que come; y tanto mayor, quanto es mejor y mas precioso el manjar y el paladar está mas bien dispuesto: asi tambien este divino manjar, no solamente nos sustenta, conserva y esfuerza, sino tambien causa un gusto y suavidad espiritual, conforme á aquello que dijo el Patriarca Jacob en aquellas bendiciones proféticas que á la hora de su muerte echó á sus hijos, anunciando lo que habia de ser en la Ley Evangélica; cuando llegó á su hijo Aser, dice: "Aser, fértil es su pan y dará delicias á los reyes (3)." Cristo es Pan fertilísimo, suavísimo y gustosísimo. Dice Santo Tomas (4) que es tan grande el gusto y deleite que causa este Pan celestial en aquellos que tienen purgado el paladar de su ánima, que con ningunas palabras se puede explicar, por gustarse aqui la dulzura espiritual en su misma fuente, que es Cristo nuestro Salvador, fuente de toda suavidad y vida de todas las cosas; el cual, por medio de este Sacramento, entra en el ánima del que comulga. Y muchas veces es tanta esta suavidad, que no solo recrea el espíritu, sino redundaba tambien en la misma carne, conforme á aquello del Profeta: "Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo (5)."

De ahí nace lo que dice San Buenaventura (6), que muchas veces acaece llegar una persona muy debilitada y flaca á la sagrada Comunion, y ser tan grande la ale-

(1) Ps. CIII, 15.
 (2) III. Reg. XIX, 8.
 (3) Aser, pinguis panis ejus, et praebebit delicias regibus. Gen. XLIX, 20.
 (4) S. Thom., opusc. 57.
 (5) Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deo vivum. Ps. LXXXIII, 3.
 (6) Bonav. lib. de perfect. ad sororem suam.

gría y consolacion que recibe con la virtud de este manjar, que se levanta de ahí tan esforzada como si ninguna flaqueza tuviera. Guimando Adversano, obispo, autor antiguo, escribe de aquellos monjes antiguos, que era tanto el consuelo y fortaleza que sentian con la sagrada Comunion, que algunos con solo este sustento se pasaban sin ninguna otra comida, siéndoles este todo su consuelo y sustento, asi para el alma como para el cuerpo; y el dia que no comulgaban, sentian en sí una flaqueza y desmayo grande, y les parecia desfallecian y que no podian vivir. Y dice que á algunos les llevaba un ángel la Comunion á su celda. En las Crónicas de la Orden Cisterciense les cuenta de un monge que siempre que comulgaba le parecia recibir un panal de miel, cuya suavidad le duraba tres dias.

Pues conforme á esto, el fruto que nosotros habemos de sacar de la Sagrada Comunion ha de ser un ánimo varonil para caminar é ir adelante en el camino de Dios, una fortaleza muy grande para mortificar nuestras pasiones y resistir y vencer las tentaciones. Para eso nos preparó el Señor esta mesa (1). En las demas mesas, quien tiene enemigos, teme y no osa estar; pero en esta recibe el hombre esfuerzo y fortaleza para vencer á todos sus enemigos. Y asi dice San Crisóstomo que nos habemos de levantar de esta sagrada mesa como unos leones, echando fuego por la boca con que espantemos y nos hagamos terribles á los demonios (2). Y este efecto nos significó Cristo nuestro Redentor, cuando acabando de comulgar á sus discipulos, les dijo: "Levantaos, y vamos de aqui (3)."

(1) Parasti in conspectu meo mensam, adversus eos, qui tribulant me. Ps. XXII, 5.
 (2) Tanquam leones ignem spirantes, ab hac mensa recedamus, facti diabolo terribiles. Chrys. hom. 61 ad populum, et 45 in Joann.
 (3) Surgite, camus hinc. Joann. XIV, 31.

Como quien dice: «ya habeis comulgado, levantaos y vamos á padecer.» Y asi vemos que en la primitiva Iglesia, cuando se frecuentaba tanto este divino Sacramento, no solo tenían los cristianos fuerzas para guardar la ley de Dios, sino para resistir á la fuerza y rabia de los tiranos, y dar la sangre y la vida por Cristo.



CAPITULO X.

Que el frecuentar la sagrada Comunion es gran remedio contra todas las tentaciones, y particularmente para conservar la castidad.

Contra todas las tentaciones dicen los Santos que es gran remedio frecuentar este divino Sacramento; porque, fuera de dar grande fortaleza, enflaquece las pasiones y los hábitos é inclinaciones malas, disminuye el fuego de la concupiscencia, que es raiz de todos los males, y hácenos prontos para cumplir la voluntad de Dios.

Santo Tomás dice (1) que una de las razones por que este Santísimo Sacramento nos defiende y libra de las tentaciones y de las caidas, es porque como es memorial de la Pasion de Cristo, por la cual los demonios fueron vencidos, en viendo en nosotros el Cuerpo y Sangre de Cristo, ellos echan á huir y los santos ángeles nos acompañan y ayudan. San Ignacio y San Cirilo aconsejan (2) por esta razon la frecuencia de este Santísimo Sacramento para que huyan los demonios de nosotros. Y San Crisóstomo dice: «Si la Sangre del Cordero, figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas de las casas, libraba á sus moradores del castigo y mantanza que iba haciendo el ángel destrui-

(1) S. Thom. 3. part. quæst. 69, art. 7.
 (2) Ignat. epist. ad Ephes.—Cyril. lib. 3 in Joann. cap. 37.

dor (1), ¿cuánto mas lo hará este divino Sacramento (2)?

Pero particularmente, dicen los Santos, que es este eficazísimo remedio para vencer las tentaciones deshonestas y conservar la castidad; porque pacifica los movimientos de la carne, mitiga el *Fomes peccati*, y como San Cirilo dice, apaga el ardor y apetito de la sensualidad como el agua al fuego. De esta manera declaran San Gerónimo y Santo Tomás (3) y otros Santos aquello del Profeta Zacarías: “¿Qué es lo bueno suyo, y qué es lo hermoso suyo, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes (4)?” Dicen que es virtud y efecto particular de este manjar celestial engendrar vírgenes. Asi como el mantenimiento corporal, cuando es bueno, cria buena sangre y buenos humores, asi este divino manjar cria en nosotros castidad y pureza de afectos. De donde vino á decir San Cirilo que este divino Sacramento, no solo santifica el ánima, sino tambien el cuerpo, cumpliéndose aquello que la Iglesia pide en el sacrificio de la misa (5). Es la harina de Eliseo, que quita la ponzoña de la olla y la dá sazón (6). Y como tocando aquella muger del Evangelio el ruedo de la vestidura del Salvador, cesó en ella el flujo de sangre (7), y entrando el Arca del Testamento en el Jordan, las aguas se detuvieron hácia arriba y dejaron de correr (8): asi entrando Cristo en nuestro cuerpo se detienen las tentaciones, y cesa el ardor y fuego de la concupiscencia. Con razon esclaman los Santos: «¡Oh dichoso fruto de este divino Sacramento, pues

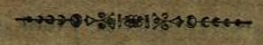
(1) Exod. XII, 22.
(2) Chrysost. hom. 61 ad popul. antiochen.
(3) S. Thom. opusc. 58, cap. 26.
(4) Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? Zach. IX, 17.
(5) Fiat nobis ad salutem mentis, et corporis.
(6) IV. Reg. IV, 41.
(7) Luc. VIII, 44.
(8) Josue III, 16.

engendra castidad y hace vírgenes (1)! Un doctor grave dice (2) que no hay medio tan eficaz para ser uno casto, como el frecuentar devotamente la sagrada Comunión.

Cuenta Nicéforo Calisto, Gregorio Turonense, Nauclero y otros graves autores (3), una cosa maravillosa que aconteció en la ciudad de Constantinopla. Y fué, que habiendo costumbre muy antigua en la iglesia griega, de consagrar el Cuerpo Santísimo de nuestro Señor Jesucristo en panes como los que se hacen para comer, de aquellos panes consagrados comulgaban al pueblo; y si algunas reliquias sobraban en la Custodia, llamaban los sacerdotes algunos niños de los mas virtuosos que andaban á la escuela y de cuya sinceridad se pudiese tener mayor satisfaccion, y estando ayunos, les daban aquellas santísimas reliquias para que las recibiesen. Y esto dice el mismo Nicéforo que pasó con él muchas veces, siendo niño y de poca edad y criándose en la Iglesia. Acaeció, pues, que yendo una vez los niños, que para esto estaban llamados, fuese entre ellos un hijo de un judío, oficial de hacer vidrio, y comulgó juntamente con ellos. Con esto tardó el niño de acudir á casa á la hora acostumbrada, y preguntándole su padre de dónde venia, dijo que de la iglesia de los cristianos, y que habia comido del otro pan que daban á los muchachos. Tomóle al judío tan grande ira contra su hijo, que sin esperar mas razones, le tomó y le echó en el horno de vidrio que estaba encendido, y cerró la puerta del horno. La madre, hallando menos á su hijo, y viendo que pasaba mucho tiempo y no parecía, salió á buscarle por toda la ciudad

(1) O felix fructus ubertatis, ex quo virginitas generatur!
(2) Viguerius in institutionibus theologicis, cap. 16, §. 3.
(3) Nicéphor. Calixtus in sua histor. Eccl. lib. 17, cap. 25.—Gregor. Turonensis, lib. de Martyr. cap. 8.

con grandes ansias y diligencias; y como no le pudiese descubrir ni hallar rastro de él, volvióse á su casa muy lastimada, donde al cabo de tres dias, estando junto al horno renovando sus lágrimas y gemidos, mesando sus cabellos, comenzó á llamar á su hijo por su nombre: el cual oyendo y conociendo la voz de la madre, le respondió de dentro del horno donde estaba. Entonces ella quebrando la puerta del horno, vió á su hijo estar en medio del fuego tan sano y sin lesion, que ni á un cabello solo le habia tocado el fuego. Sale el niño, y preguntándole quién le habia guardado, respondió que una Señora vestida de grana habia venido allí muchas veces, y con agua que echaba, apagaba el fuego; y demás de esto, le traía de comer todas las veces que lo habia menester. Supo esta maravilla el emperador Justiniano, y mandó luego bautizar al niño y á la madre, que quisieron ser cristianos, y al desventurado del padre, que no se quiso convertir, como á parriecida, le hizo colgar en un árbol, y así murió ahorcado. Pues lo que obró este Santísimo Sacramento en el cuerpo de este niño, que le habia recibido, conservándole sin lesion alguna en medio del fuego, esto obra espiritualmente en las almas de los que dignamente le reciben, defendiéndolas y conservándolas sin lesion alguna en medio del fuego de las tentaciones.



CAPITULO XI.

De otro fruto principal que habemos de sacar de la Sagrada Comunión, que es unirnos y transformarnos en Cristo.

Uno de los mas principales efectos y fines para que instituyó Cristo nuestro Redentor este divino Sacramento, ó el mas principal, dicen los Santos que fué para unirnos é incorporarnos y hacernos una

cosa consigo. Asi como cuando se consagra este divino Sacramento, por virtud de las palabras de la Consagracion lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo: asi por virtud de esta sagrada Comunión, el que era hombre se viene por una maravillosa manera á transformar espiritualmente en Dios. Y esto es lo que dice el mismo Cristo en el Sagrado Evangelio: “Mi Carne, verdaderamente es comida; y mi Sangre, verdaderamente es bebida. El que come mi Carne y bebe mi Sangre, está en mí, y yo en él (1).” De manera, que asi como el manjar, por virtud del calor natural, se convierte en la sustancia del que le come y se hace una misma cosa con él, asi el que come este Pan de Angeles se une, y junta, y hace una cosa con Cristo, no convirtiéndose Cristo en el mantenido, sino convirtiéndose y transformando él en sí al que le recibe, como el mismo Señor dijo á San Agustin: «Manjar soy de grandes, crece, y comerme háis. Pero hágote saber, que no me mudarás tú á mí en tu sustancia y naturaleza, como á los demas manjares; sino tú te mudarás y transformarás en mí (2).» Y asi dice Santo Tomás (3) que el efecto propio de este Sacramento es transformar el hombre en Dios haciéndole semejante á sí. Porque si el fuego, por ser elemento tan noble, convierte en sí todas las cosas que se juntan con él, gastando primero todo lo que en ellas le es contrario y comunicándoles despues su forma y perfeccion, ¿cuánto mas aquel abismo de infinita bondad y nobleza gastará todo lo malo que hallare en nuestras almas y las hará semejantes á sí?

(1) Caro mea vere est cibus, et Sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam Carnem, et bibit meum sanguinem in me manet, et ego in illo. Joann. VI, 56.
(2) Cibus sum grandium, cresce, et manducabis me; nec tu me mutabis in te sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me. Aug. lib. 10 confess., cap. 10.
(3) S. Thom. 4, sent. dist. 2, quaest. 2, art. 4.

Pero dejando aparte la union real y verdadera de Cristo con el que le recibe, que él nos quiso significar por aquellas palabras: "él está en mí y yo en él:" la cual declaran los Santos con algunas comparaciones muy encarecidas; descendiendo mas en particular á la práctica, el fruto que nosotros habemos de procurar sacar de la sagrada Comunion es unirnos, y mudarnos, y transformarnos en Cristo espiritualmente: esto es, que nos hagamos semejantes á él en la vida y costumbres: humildes como Cristo, pacientes como Cristo, obedientes como Cristo, castos y pobres como Cristo. Y esto es lo que el Apóstol dice por otras palabras, "que nos vistamos de Jesucristo (1)." En la Consagracion conviértese la sustancia del pan en la sustancia del Cuerpo de Cristo, quedándose enteros los accidentes. En la Comunion es al contrario; que se queda la sustancia del hombre, y se mudan los accidentes, porque el hombre, de soberbio se hace humilde; de incontinente, casto; de airado, paciente. Y de esa manera se transforma en Cristo.

San Cipriano, sobre aquellas palabras del Profeta: "Mi Cáliz, que embriaga, ¡oh qué excelente que es (2)!" las cuales entiendo de este Santísimo Sacramento, dice (3) que así como la embriaguez enagena á un hombre de sí y le hace otro, así este divino Sacramento enagena á uno de sí, y le hace otro, haciéndole olvidar las cosas del mundo, y que de ahí adelante todo su trato sea de las cosas del cielo. ¡Qué otros salieron los discípulos de Emaus despues de haber recibido este divino Sacramento (4)! De dudosos, fieles; de me-

(1) Induimini Dominum Jesum Christum. *Ad Rom.* XLIII, 14.—Et induite novum hominem. *Ad Eph.* IV, 24.

(2) Et Calix meus inebrians, quam praeclarus est. *Ps.* XXII, 5.

(3) S. Cyprian. lib. 2, Epist. 3, ad Cecilium.

(4) Cognoverunt eum in fractione panis. *Luc.* XXIV, 35.

drosos, esforzados. Pues así nosotros habemos de salir de la sagrada Comunion, trocados y mudados en otros hombres (1). Lo mismo dice San Basilio (2), y trae para esto aquello de San Pablo: "Para que el que vive, ya no viva para sí, sino todo para Dios (3)."

Dice una Santa (4) una cosa muy sustancial y muy espiritual á este propósito. Va tratando de las condiciones y señales en que se conoce ser el ánima transformada en Dios; y una de ellas, dice, es cuando desea el hombre ser menospreciado, abatido y deshonrado de toda criatura, y desea y quiere que todos crean que él es digno de deshonras, y que ninguno se compadezca de él; y no quiere vivir en el corazon de alguna criatura, sino de solo Dios. Y no solamente no quiere ser reputado en cosa alguna, en ninguna manera, sino tiene por grande honra ser despreciado, por conformarse con Cristo nuestro Redentor, al cual seguir es grande honra; y dice con San Pablo: "No plega á Dios, que yo me honre, ni glorié, sino en la cruz de Jesucristo nuestro Señor (5)." Pues de esta manera nos habemos de transformar en Cristo; y esto es lo que habemos de sacar de la sagrada Comunion.

San Crisóstomo, declarando la obligacion que para esto nos pone el recibir tan alto Sacramento, dice: «Cuando nos viéremos acosados de la ira ú otro vicio, ó tentacion, consideremos de cuán grande bien habemos sido dignos, y sirvanos eso de freno para guardarnos de todo pecado y de to-

(1) Mutaberis in virum alium. *I. Reg.* X, 6.—In virum perfectum. *Ad Eph.* IV, 13.

(2) Basil. in *quaest. breviorib. num.* 172.

(3) Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est, et resurrexit. *II. ad Cor.* V, 15.

(4) S. Angela de Fulgino, c. 66.

(5) Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi. *Ad Gal.* VI, 14.

da imperfeccion (1).» Lengua que ha tocado á Cristo, razon es que quede santificada y que no hable ya liviandades, ni se profane mas. Pecho y corazon que ha recibido al mismo Dios, y sido custodia y relicario del Santísimo Sacramento, no es razon que se eche en él estiércol de vanos deseos, ni que trate, ni piense ya de otra cosa sino de Dios. Acá come uno un alcorza, y todo el dia aspira olor. Habeis comido esta alcorza divina, que tiene el ámbar celestial, olor de toda virtud y deidad; ¿qué olor será razon que aspireis?

De una santa virgen se lee que decia: «cuando comulgo, todo aquel dia guardo con mas diligencia mi corazon, imaginando al Señor en él, como si estuviera reposando en su casa. Por lo cual procuro de guardar toda la modestia posible, asi en el hablar, mirar y andar, como en toda la conversacion exterior; como quien pone el dedo sobre la boca, pidiendo silencio y que no hagan ruido, porque no despierten al que duerme.»

CAPITULO XII.

De otro fruto muy principal que habemos de sacar de la sagrada Comunion, que es ofrecernos y resignarnos enteramente en las manos de Dios. Y de la preparacion y hacimiento de gracias que conforme á esto habemos de hacer.

Una de las cosas principales, que habemos de sacar de la sagrada Comunion, ha de ser resignarnos y ponernos del todo en las manos de Dios, como un poco de barro en las manos del artífice, para que haga de nosotros lo que quisiere, y como quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin esceptuar, ni reservar

(1) Cum nos ab ira corripí viderimus, vel ab alio vicio, cogitemus, quibus facti sumus digni; et sit irrationabilium nobis motuum correctio, talis cogitatio. *Chrys. hom.* 61, ad popul. Antioch.

cosa alguna. El Hijo de Dios se ofreció á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno, en la cruz, dando por nosotros toda su Sangre y su Vida; y cada dia se nos da en manjar en este Santísimo Sacramento enteramente su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; razon será que nosotros tambien nos ofrezcamos y entreguemos enteramente y del todo á él. Eso dicen que es propiamente comulgar, *communicare*: hacer con Dios lo que él hace con vos: él os da y comunica cuanto tiene; dadle vos cuanto teneis.

Este ha de ser tambien el hacimiento de gracias despues de la sagrada Comunion: ¿Qué ofreceré al Señor por tantas mercedes y beneficios, y especialmente por este que ahora he recibido (1)? ¿Sabeis qué quiere él que le ofrezcais? lo que vamos diciendo: "Hijo, dame tu corazon (2)." Decláralo muy bien aquel Santo (3): «¿qué otra cosa quiero de tí, sino que estudies de renunciarte del todo en mí? Cualquiera cosa que me das sin tí, no me curo de ella; porque no quiero tu don, sino á tí. Asi como no te bastarian á tí todas las cosas sin mí, asi no puede agradar á mí cuanto me ofrezcas sin tí. Ofrecete á mí y dáte todo por mí, y será muy acepto tu sacrificio.» San Agustin dice que en lo que Cain desagradó á Dios cuando le ofrecia sacrificio (4), y la causa por que no miró ni aceptó su sacrificio como el de su hermano Abel, fué porque no repartia bien con Dios, porque daba á Dios alguna cosa suya, y no le daba ni entregaba á sí mismo (5). Y esto mismo dice que hacen los que ofrecen á Dios alguna cosa y no le ofrecen su voluntad. «El reino del

(1) Quid retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi? *Ps.* CXV, 12.

(2) Præbe, fili mi, cor tuum mihi. *Prov.* XXIII, 36.

(3) Thomas de Kempis.

(4) Gen. IV, 4.

(5) Dans Deo aliquid suum, sibi autem se ipsum. *Aug. lib.* 13 de Civitate Dei ca. p. 7.

cielo no tiene otro precio sino á ti mismo; tanto vale cuanto eres tú. Dáte y ofrécete á ti, y alcanzarlo háis (1).»

Pues en este ofrecimiento y resignacion entera en las manos de Dios nos habemos de ocupar y detener despues de la sagrada Comunión. Y esto no ha de ser solamente en general, sino desmenuzándolo y descendiendo á casos particulares, resignándonos y conformándonos con la voluntad de Dios, asi en la enfermedad como en la salud, asi en la muerte como en la vida, asi en la tentacion como en la consolacion, especificando aquello en que á cada uno le pareciere que sentiria mas repugnancia y dificultad, y ofreciéndoselo al Señor en hacimiento de gracias, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é infimo que sea, hasta que no se nos ponga cosa delante en que no sintamos nuestra voluntad muy conforme y unida con la de Dios. Y es muy buena y muy devota para esto aquella oracion que nuestro Padre pone en el libro de los Ejercicios Espirituales: «Recibid, Señor, toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad; todo lo que tengo y poseo, vos, Señor, me lo distes; todo os lo ofrezco y restituyo y pongo en vuestras manos, para que hagais de ello lo que os pluguiere; dadme solamente vuestro amor y gracia, y quedaré rico sin tener mas que desear (2).»

Aquí nos habemos tambien de ejercitar y actuar en los actos de algunas virtudes,

(1) Regnum coelorum, aliud non quaerit praetium, quam te ipsum. Tantum valet, quantum es tu. Te da, et habebis illud. Aug. serm. 2 de omnibus Sanctis, et in Manuali, cap. 16.

(2) Suscipe, Domine, universam meam libertatem, accipe memoriam, intellectum, atque voluntatem omnem, quidquid habeo, vel possideo, tu mihi largitus es: id tibi totum restituo, ac tuae prorsus voluntati trado gubernandum: amorem tui solum, cum gratia tua, mihi dones, et dives sum satis; nec aliud quidquam ultra poseam. Ignatius, lib. Exercitiorum spiritualium in contemplatione ad amorem spiritualem in nobis excitandum, puncto primo.

especialmente en aquellas de que cada uno tiene mas necesidad; porque á todo lo que uno quisiere y hubiere menester, le sabrá este divino maná. Todos los sabores de las virtudes tiene (1); y asi, una vez os dais en actuar y ejercitar en una virtud, otra en otra, teniendo siempre puesta la mira en la mayor necesidad. Si os sentis necesitado de humildad, procurad que os sepa á humildad, que buen dechado y sabor hallareis aquí de ella, pues está vestido el Hijo de Dios de unos accidentes de Pan que por ser accidentes son mas pobres y bajos que los pañales y fajas con que le envolvió su Sacratísima Madre en Belen. ¿Y qué mayor humildad, ni qué cosa mas baja se puede imaginar, que ponerse Dios como manjar comun para que le comamos? ¿que estendamos allí en aquella mesa del altar los manteles, y como servilleta los corporales, como plato la Patena, como vaso el Cáliz? ¿que le tratemos con nuestras manos, y le recibamos en nuestra boca y en nuestro estómago? ¿Qué mayor bajeza de Dios, y qué mayor subida del hombre? En cierta manera resplandece aquí mas la humildad que en la obra de la Encarnacion. Pues ejercitaos y actuaos en ella hasta tanto que sintais que se os va embebiendo y entrañando en vuestra ánima. Ofreced al Señor el desprecio de toda la honra y estimacion del mundo, en hacimiento de gracias, abrazando el ser menospreciado y tenido en poco por su amor.

Tambien es muy bueno descender á algunas cosas mas particulares y menudas, y ofrecerlas aquí al Señor en hacimiento de gracias. Ya entiende cada uno, poco mas ó menos, sus faltas, y sabe lo que le impide su aprovechamiento y en lo que suele tropezar ordinariamente: pues procurad en

(1) Habentem omnis saporis suavitatem. Sapient. XVI, 20.

cada Comunión sacrificar y ofrecer á Dios algunas cosas de esas en hacimiento de gracias. Sois amigo del regalo y de vuestras comodidades, y de que no os falte nada; ofreced al Señor el mortificaros en eso, hoy en una cosa y otro dia en otra. Sois amigo de hablar y de perder tiempo; mortificaos en eso, y ofrecedlo al Señor en otra Comunión. Sois tan amigo de vuestra voluntad que por no recibir vos un poco de mortificacion, no sabeis dar gusto, ni contento á vuestros hermanos, y algunas veces les hablais sacudida y desabridamente; procurad venceros en eso y ofrecerlo al Señor en otra Comunión. Y como decíamos tratando de la oracion (1), que es muy bueno proponer allí algo que hacer aquel mismo dia; asi tambien en la Comunión será muy bueno sacar propósito de venceros y mortificaros en algo aquel mismo dia, y ofrecer esa mortificacion al Señor en hacimiento de gracias. Haced cuenta que eso es lo que os está pidiendo el Señor por la merced y beneficios que habeis recibido: que no quiere Dios de nosotros otra cosa, ni otra recompensa, sino que nos mejoremos en la vida, y nos vayamos enmendando en aquello que sabemos que desagrada á su Divina Magestad; y asi, ese es el mejor hacimiento de gracias que podemos hacer despues de la Comunión y el servicio mas agradable que le podemos ofrecer. De tres maneras decíamos arriba (2) que puede ser el hacimiento de gracias: la primera, reconociendo los beneficios interiormente con el corazón; la segunda, alabando y dando gracias con palabras al bienhechor; la tercera, con obras; y este es el mejor hacimiento de gracias. Pues eso es lo que ahora decimos: no se nos vaya todo en consideraciones, que aunque buenas, mejores

son las obras, y para eso han de ser las consideraciones, para que vengamos á las obras.

De la misma manera digo de la preparacion para comulgar; aunque es muy buena aquella particular preparacion que se acostumbra hacer antes de la sagrada Comunión con algunas consideraciones, y ninguno la debe dejar, porque la reverencia de tan alto Sacramento pide que cada uno haga tambien en eso lo mas que pudiere; pero la mejor y mas principal disposicion ha de ser la buena y santa vida, y el irnos cada dia mejorando y perfeccionando en las cosas que hacemos, para asi llegar con mayor limpieza y puridad á este divino Sacramento, conforme á aquello de los Padres y doctores de la Iglesia Ambrosio y Agustino: «Vivid de tal manera, que merezcáis recibir cada dia este Santísimo Sacramento (1);» y asi, el P. maestro Avila, en una carta que escribe á un devoto, le dice: «La preparacion para la sagrada Comunión ha de ser el buen orden que tenga en toda su vida y en toda la semana (2);» y trae para esto el ejemplo de un siervo de Dios, que decia que él nunca hacia particular preparacion para comulgar: porque cada dia, dice, hago todo lo que puedo. Esa es muy buena preparacion, harto mejor que recogerse uno solamente un cuarto de hora antes, y otro despues, y quedarse tan tibio y tan inmortificado é imperfecto como de antes.

De manera, que esta es la principal disposicion, y este es el principal hacimiento de gracias, y este ha de ser tambien el principal fruto que habemos de sacar de la sagrada Comunión; y asi como decimos de

(1) Sic vive, ut quotidie merearis accipere. Ambros. lib. 3 de Sacramentis, cap. 4.—August. de verbis Domini in Evang. secundum Lucam Serm. 28.

(2) Maestro Avila, tom. 2, epist. fol. 187.

(1) Parl. I, trat. 5, cap. 16.

(2) Trat. 7, cap. 6.

la oracion (1), que la disposicion principal para ella ha de ser la mortificacion de nuestras pasiones, el recogimiento de los sentidos y la guarda del corazon, y decimos que ese ha de ser tambien el fruto que tenemos de sacar de ella y que lo uno ha de ayudar á lo otro, asi tambien aqui, la buena y santa vida, el hacer uno todas las cosas lo mejor que puede para agradar á Dios, ha de ser la principal disposicion para recibir la sagrada Comunión; y eso mismo ha de ser el principal fruto que ha de sacar de ella, y lo uno ha de ayudar á lo otro, y una Comunión ha de ser disposicion para otra. Y asi como decimos que el tener buena oracion y el ir aprovechando en ella no está en tener consuelos y sentimientos, ni en tener muchas consideraciones, ni grandes contemplaciones, sino en que salga uno de alli muy humilde, paciente, indiferente y mortificado: asi tambien la buena Comunión y el fruto de ella no está ni se ha de medir por las muchas consideraciones que uno tiene, por muy buenas y santas que sean, ni por los gustos y consolaciones, sino por la mortificacion de las pasiones y por la mayor resignacion y conformidad con la voluntad de Dios que de alli saca.

De aqui se sigue una cosa de grandísimo consuelo, y es, que siempre está en nuestra mano comulgar bien y sacar mucho fruto de la Comunión; porque el ofrecernos y resignarnos en las manos de Dios, el mortificarnos y enmendarnos en aquello que sabemos desagradar á su Divina Magestad, siempre está en nuestra mano con la gracia del Señor. Pues haced vos eso, y sacareis mucho fruto de la Comunión: idos cada dia venciendo, y mortificando, y enmendando en alguna cosa: caiga el idolo de

Dagon (1) en presencia del Arca del Testamento; ese idolo de la honra, ese idolo del regalo y de buscar vuestras comodidades, ese idolo de la propia voluntad, quede todo por tierra, en reverencia de este Señor. ¡Oh! ¡si comulgásemos de esta manera, mortificándonos y enmendándonos cada vez en alguna cosa, por pequeña que fuese, cómo medraría nuestra alma!

San Gerónimo declara á este propósito aquello que dice el Sabio de la muger fuerte: "Consideró los rincones y escondrijos de su casa," que es el examen y preparacion que se requiere para llegar á esta Mesa Divina, "y no comió ociosa su pan, no comió el pan de valde (2)." Dice San Gerónimo que cuando uno saca fruto de la sagrada Comunión, dé la manera que tenemos dicho, no come el pan de valde, pues le aprovecha bien lo que come. Pero ¡ay de aquel que ha comido este Pan de valde muchos años, sin haberse vencido, ni mortificado en una pasión, ni en un siniestro malo! ¡Grave enfermedad tiene, pues no le aprovecha nada lo que come! Pues entre cada uno dentro de sí, y considere los rincones de su alma, mire la pasión ó siniestro ó inclinacion que mas daño y estorvo le hace, y procure ir la quitando y mortificando hasta que pueda decir con el Apóstol: "Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es el que vive en mí (3)." Dice San Gerónimo sobre estas palabras: "Vivo yo, ya no yo, ya no vive aquel que vivía antiguamente en la ley; aquel que perseguía la Iglesia, sino vive en él la sabiduría, la fortaleza, la paz, el gozo y las demás virtudes; las cuales, el que no las tiene, no puede decir vive en mí Cristo (4)."

(1) 1. Reg. V, 3.

(2) Consideravit semitas domus suae, et panem otiosa non comedit. Prov. XXXI, 27.

(3) Vivo autem, jam non ego; vivit vero in me Christus. Ad Gal. II, 20.

(4) Id est, non vivit ille, qui quondam vivebat in

(1) Trat. I, cap. 1.

que es la causa que, obrando este divino Sacramento, tan maravillosos efectos, algunos que le frecuentan no los sienten en sí.

Preguntará alguno: pues este Santísimo Sacramento dá tanta gracia, y obra tantos y tan maravillosos efectos, ¿qué es la causa que muchas personas que celebran y comulgan á menudo, no sienten en sus almas, no solo aquel gusto y suavidad espiritual que decíamos (1); pero ni aun parece que aprovechan en la virtud, sino que se están siempre casi de la misma manera? Algunos suelen responder á esto con aquel proverbio comun que la mucha conversacion es causa de menosprecio; pareciéndoles que la mucha frecuencia es causa que no se lleguen con tanta reverencia y disposicion, y asi que no saquen tanto fruto; pero no tienen razon, porque esto no há lugar en las cosas espirituales y trato con Dios. Aun con los hombres sábios y prudentes dicen que no há esto lugar, sino que antes la mucha conversacion y familiaridad con ellos causa mayor estima y reverencia; porque cuanto uno mas los trata, tanto mas conoce su prudencia y virtud, y asi tanto mas los estima. Pero demos que tenga lugar ese proverbio en los sábios del mundo; porque, al fin, como en esta vida miserable no puede haber ninguno tan perfecto que no tenga algunas faltas, y esas se descubran tratando mucho y muy familiarmente con él, puede la mucha familiaridad ser causa que se desminuya su opinion y fama. Empero en el trato y familiaridad con Dios, no puede haber esto lugar, porque como este Señor sea de infinita perfeccion y sabi-

duria, cuanto mas uno trata con él y mas le conoce, tanto mas le reverencia y estima: como lo vemos en los santos ángeles y bienaventurados, que conocen perfectísimamente á Dios en el cielo y conversan con él familiarmente; y lo experimentamos tambien acá en la tierra, porque cuanto uno mas trata con Dios en la oracion, tanto mas le reverencia y estima. Y declarárenos esto bien en lo que el Sagrado Evangelio cuenta de aquella muger samaritana, que al principio trató á Cristo como á uno de aquel pueblo; "¿Cómo siendo judío me pides de beber, siendo yo muger de Samaria (1)?" Llámole el nombre comun de la nacion; pero procediendo un poco mas adelante en la conversacion, llámale Señor: "Señor, dame de ese agua (2)." Y procediendo un poco mas adelante, llámale Profeta: "Veo que tú eres Profeta (3)." Y prosiguiendo mas adelante, reconócele por Cristo y por el Mesías. De la misma manera es en la frecuencia de los Sacramentos; antes una Comunión dispone para otra. Y es engaño grande pensar que por llegarse uno de tarde en tarde á recibir este Santísimo Sacramento, irá con mayor preparacion y reverencia. Y asi dijo muy bien San Agustin y San Ambrosio, que el que no le merece recibir cada dia, no merece recibirle una vez al año (4).

Pues respondiendo á la duda, digo: lo primero, que el no sentir tanto fruto con la frecuencia de este Santísimo Sacramento, unas veces viene por culpa nuestra, porque no nos preparamos y disponemos para recibirle como debemos, sino llegamos á él por una manera de costumbre ó cumpli-

(1) Quomodo tu, judaeus cum sis, bibere a me poscis, quae sum mulier samaritana? Joann. IX, 40.

(2) Domine, da mihi hanc aquam. Ibi.

(3) Video, quia Propheta es tu. Ibi.

(4) Qui non meretur quotidie accipere, non meretur post annum accipere. Aug. de verbis Domini in Evangelium secundum Lucam, serm. 28; et epist. 118 ad Januar. — Amb. lib. 3 de Sacram. cap. 4.

lege; quippe qui persequeretur Ecclesiam; vivit autem in eo Christus; id est, sapientia, fortitudo, sermo, pax, gaudium, caeteraque virtutes, quas qui non habet, non potest dicere, vivit autem in me Christus. Hieron. sup. haec verba.

(1) Cap. IX.